

so que supiese conservarla, permitió que esta prueba como que habia de ser la postrera fuese la mas terrible. Es esta reflexion general la que nos debe dar una idea de los horrores de la décima persecucion, mas bien que las narraciones particulares; porque seria nunca acabar, y abusaríamos de la paciencia de nuestros lectores si quisiéramos referir detenidamente los atroces hechos que en ella acaecieron. Mas puede juzgarse de sus excesos por el plan y las medidas que tomaron los tiranos: cerca de las fuentes, en los mercados y plazas, y generalmente en todas las calles se colocaron ídolos con un número bastante de celadores para obligar á cualquiera que pasase á sacrificar á aquellos simulacros: de modo que nadie podia ni vender ni comprar en público, ni aun proveerse de agua sin caer de algun modo en idolatría. El verdadero celo por la fe por otra parte parece iba á competencia con la rabia de los tiranos. Prodigaba el Señor sus gracias á los fieles, y les infundia un valor sobre-humano. *Entonces, dice Sulpicio Severo, se apetecia la palma del martirio con mas vehemencia que hoy se solicitan las mitras y las prebendas.* Era preciso en efecto que la prudencia de los Pastores minorase aquellos fervores, y no se ocupaban tanto en aguijonear á los negligentes como en contener á los temerarios. Por fin, cualquiera diria que toda la Iglesia militante se habia propuesto entrar en un mismo dia triunfante en el cielo; pues hasta las gentes implicadas en los negocios del siglo iban á porfía en el fervor con los Obispos y los Sacerdotes.

20. Tenia un empleo distinguido en las tropas de Italia San Sebastian, natural de Narbona; y hay quien dice que era Capitan de Guardias del Emperador: pero toda su elevacion y crédito no los empleaba en otro que en proteger á los adoradores del verdadero Dios, y en recoger gente para el cielo, hasta en las familias y casas de primera gerarquía, de modo que el Papa llamaba á este piadoso militar el defensor de la Iglesia por el gran número de Romanos de toda clase que convirtió, entre los que se cuenta á Cromacio, Prefecto ó Gobernador de Roma. No pudo ocultarse mucho tiempo una fe tan viva y eficaz; Sebastian fue delatado al Prefecto del Pretorio y enviado por su empleo y gran reputacion al mismo Diocleciano que habia venido á Roma para conferenciar con Maximiano sobre los negocios generales del Imperio. Graduó el Emperador de ingratitud atroz la conversion de Sebastian y como tal se la echó en cara, proponiéndole despues la alternativa de sacrificar ó de morir á fuerza de los mas crueles suplicios; pero aquel celoso oficial respondió que nunca dejaba de pedir por la felicidad de su bienhechor y el bien de todo el Imperio, pero que dirigia sus plegarias al Dios Omnipotente y no á los sordos ídolos.

Mandó el Emperador al oír esta contestacion á los arqueros de Mauritania, dignos egecutores de las órdenes de este Juez, que aseteasen al santo militar, lo que egecutaron al punto dejándolo por muerto: y una viuda Cristiana que habia llegado para sepultarle, viendo que aun respiraba lo llevó á su casa,

y con el cuidado logró su perfecta curacion. Procuraron entonces los amigos del Santo persuadirle á que se ocultase; pero él se sintió extraordinariamente inspirado para intentar por segunda vez aplacar el inconsiderado furor de Diocleciano contra los fieles. Las circunstancias eran en verdad las mas á propósito para esperar el mejor éxito de ellas: el Mártir á quien todos hacian muerto se presentó en un parage por donde habia de pasar Diocleciano sin falta, y así que le vió le suplicó fuese mas justo con unas gentes tan caritativas, aun respecto de los mismos que tenian por diversion el atormentarlos. Á vista de un hombre vuelto por decirlo así del otro mundo, quedó inmóvil el Emperador por algun tiempo; mas recobrando poco despues sus sentimientos antiguos de fiereza, hizo matarle á palos. Sin embargo que los pintores nos presentan por lo comun á San Sebastian como jóven, hay mas razon para creer segun los antiguos monumentos, que murió en edad adelantada. Y desde el siglo séptimo en que por su intercesion se libró Roma de una epidemia espantosa, se acude con confianza al patrocinio de este illustre Mártir en los casos que ocurren de enfermedades contagiosas.

21. Fue mas glorioso el martirio de la Virgen Santa Inés por su temprana edad que por la delicadeza de su sexo, pues apenas rayaba en los trece años, y antes de poder tener fortaleza para sostener el combate, como dice San Ambrosio admirando su valor con todos los antiguos Doctores, ya tenia la

reflexion necesaria para lograr el triunfo. Acompañaba una hermosura que era la admiracion de Roma á todos los favores de la fortuna y del nacimiento de que Dios la habia colmado: solo ella se mostraba indiferente á una prenda tan envidiable, y ponía solamente sus miras en agradar al divino Esposo, á quien habia consagrado su virginidad aun antes de conocer el precio que ofrecia. No admitió por esto los obsequios del hijo del Prefecto de Roma que la pedia por esposa, y cuya pasion se trocó despues en una venganza mortal: pero los suplicios hicieron tan poca impresion en esta angelical doncella, como los artificios de la seduccion. Se la sentenció, vista su resistencia, á la pena mas cruel que pudiera sufrir su modestia, poniéndola desnuda en un lugar público: pero al momento la cubrieron todo su cuerpo sus propios cabellos, y comunicándose la pureza desde su corazon al de sus espectadores, en fuerza de otro mayor milagro, todos en general se sintieron en su interior avergonzados y penetrados de una saludable confusion; de modo que la santa vírgen no tuvo ya otra cosa que temer que la pérdida de su vida. Y aun el riesgo tan grande en que la veía, causaba menos impresion en su espíritu que en el de los que estaban presentes, anegados en lágrimas hasta su mismo verdugo; en tanto que la jóven heroína lejos de dar la menor muestra de dolor, esperaba con impaciencia el golpe de la muerte que al cabo recibió alegre y reconocida al Señor.

Santa Lucía, tambien Virgen y Mártir, en el dis-

curso de esta misma persecucion logró igualmente la corona del martirio en Siracusa de Sicilia, desde donde la fama de su singular fortaleza se extendió por toda la Iglesia.

22. Necesitaríamos muchos volúmenes si aspirásemos á recoger solos los hechos heroicos de los Mártires de aquella época. El Diácono San Vicente padeció él solo en Zaragoza su patria, lo que era suficiente para apurar las fuerzas y el valor de muchos; y fue menester una serie de milagros para que pudiese sobrevivir á los innumerables tormentos mortales con que le afligieron, antes de recibir el golpe de la muerte. Despues de tenderlo en un potro con tal crueldad que se le dislocaron y casi se le arrancaron todos sus miembros, le despedazaron las carnes con peines de hierro, hasta descubrirle los huesos y las entrañas. Pero su inalterable paciencia y la serenidad de su rostro hicieron subir de punto el furor del Juez Daciano; y echando la culpa á los verdugos, mandó azotarlos para que egerciesen su oficio con mayor violencia y crueldad. Hiciéronlo en efecto á medida de los deseos del tirano, castigando al Santo con nuevos brios hasta que se les cayeron los brazos de cansancio, y volviendo luego á comenzar con mayor esfuerzo, pero no con mas fruto; de modo que Daciano tuvo por fin que darse por vencido.

Á pesar de esto luego que recobraron aliento los verdugos echaron al santo Mártir sobre una cama de hierro hecho ascua y llena de agudas puntas de lo mismo: quemáronle tambien el lado del cuerpo que

no tocaba á aquella cama dolorosa, aplicándole planchas ardientes al pecho y á los muslos; y tiraban entretanto puñados de sal en el fuego, para que saltando penetrase por las heridas hasta lo mas íntimo de la carne. Hizo llevar Daciano desde allí al santo Mártir á un obscuro calabozo empedrado de cascotes punteagudos, por encima de los cuales le arrastraron cruelmente para renovar el dolor de todas sus heridas á un mismo tiempo. Pero de repente iluminó la mazmorra un celestial resplandor, se oyó una música de ángeles, y no pudiendo los guardas resistir á tantas maravillas se convirtieron todos. Viendo el tirano que sus esfuerzos eran en vano, é ignorando qué resolucion tomar, como si envidiase al Mártir la gloria de morir en los tormentos, mandó le recostasen en una voluptuosa cama cubierta de flores. El generoso Atleta entonces no habiéndole atemorizado los garfios de hierro y los braseros encendidos, pidió al Señor la corona que le tenia prometida, y exhaló su espíritu apaciblemente.

No satisfizo su encono contra el cristianismo con este solo egemplar el tirano que abrigaba en su pecho tanta crueldad, y proporcionó la palma del martirio á una porcion innumerable de fieles de todas clases, edades y sexos, entre los que se hace particular mencion de diez y ocho tambien de Zaragoza, cuyas reliquias se depositaron en una misma sepultura. Cuasi todas las provincias de España veían correr la sangre de algunos de sus moradores en defensa de la fe, manifestando esta generosa nacion por tan

sublime causa, la fidelidad y acendrada fortaleza que la caracterizan (*).

(*) Dos autores protestantes se empeñaron en sostener que la persecucion décima escitada por Diocleciano y Maximiano, no llegó á tocar las provincias Españolas. Para esto se forjaron que no gobernaba la España por estos tiempos Daciano, sino Constantio, padre del grande Constantino. Pero este mandó solo en las Galias, sujetas entonces á Maximiano Hercúleo, como se ve en Víctor y Lactancio (ó cualquier otro que fuese el autor del libro de *mortibus persecutorum*). Daciano inundó en aquella persecucion la España de sangre, y aunque no hubiera otros testimonios, bastarian para demostrarlo los monumentos de la siempre fiel Zaragoza. Ella cuenta las victorias de sus innumerables Mártires, los triunfos de los diez y ocho compañeros, cuyos nombres refiere el poeta Prudencio, la constancia y fortaleza de Santa Engracia, vencedora de los tormentos y de la muerte, y el glorioso martirio de San Lamberto. Pero entre todos elevan sus frentes coronadas con la diadema inmortal San Vicente Diácono y San Valero, Obispo de aquella Ciudad.

La brevedad de anotadores no nos permite estendernos tanto como quisiéramos en engrandecer y celebrar á esta turba de invictos Mártires, en que ninguna ciudad, sino es Roma ó Cartago, puede competir con Zaragoza. Se duda primeramente si fue el santo Diácono natural de Huesca, ó de Valencia ó de Zaragoza. El continuador de Florez, comentando á Prudencio, pretende que fue su patria Zaragoza. La opinion mas comun induce á creer que fue de Huesca: y ésta es la nuestra, sin que por ello pretendamos formar partido.

El autor fija al parecer el lugar del martirio de San Vicente en la ciudad de Zaragoza; pero aunque sea cierto que allí fue apresado el santo Diácono con su Obispo, tambien lo es, que ambos fueron conducidos á Valencia, siguiendo á pie y maniatados, á guisa de malhechores, al tirano que pasaba de la capital de Aragon á la del Reino de Valencia: y en esta última ciudad fue donde padeció todos los tormentos y la muerte, en los lugares que aun hoy dia se conservan en veneracion. Despues

Los Cristianos de África, de Iliria, de Panonia, de las provincias Germánicas, y de los pueblos mas bárbaros, mostraron tambien á porfia su fervoroso celo por la verdadera Religion. Santa Afra, en Augusta de Recia, hoy Amburgo, dió al mundo un egeemplo tan ilustre como imprevisto: esta muger hasta entonces dada á todos los placeres del cuerpo, entró súbitamente dentro de sí misma, y logró la palma del martirio, despues de haber sufrido las pruebas mas terribles y mas capaces de seducirla.

23. Hasta entre las gentes del teatro se dignó el

de muerto fue arrojado su cadáver fuera de la ciudad en el mismo parage en que se ve ahora edificada una capilla en su honor fuera de la puerta de su nombre; allí por divina disposicion un cuervo le defendió de las fieras, lo que sabido por Daciano, mandó que puesto en un esquife lo echasen en alta mar. Pero Dios que promovia la gloria de su Sauto hizo que las aguas le sacasen á la orilla, y entonces los Cristianos le dieron honrosa sepultura.

Mas difícil es señalar las épocas de sus martirios. Nosotros esplicaremos el parecer del docto P. Manuel Rico, el cual dice: *To tengo por mas verdadero que Daciano primeramente arrestó á San Valerio y su Diácono: despues quitó la vida á los diez y ocho y atormentó á la Virgen Engracia, y últimamente á la innumerable multitud solo á Dios conocida.*

San Valero no fue tan maltratado como su Diácono, aunque le hicieron viajar en su edad decrepita, y le tuvieron aprisionado. Su Patria fue Zaragoza, á pesar de las pretensiones de algunos; ignórase el año y lugar en donde acabó sus dias. En las actas de Ruinart se dice que fue desterrado á un lugarcillo llamado Enet (Annetum en latin) cerca de Graus y Roda en la márgen del Cinca: Otros dicen que murió en Zaragoza el 310 ó 315. Su firma se halla entre los Obispos que asistieron al Concilio de Elcira. Véase el tomo 30 del P. Manuel Rico.

Señor escoger algunos panegiristas de su glorioso nombre. En Roma, á cuya capital se habia restituido Diocleciano para disfrutar los honores de su triunfo, despues de lograr algunas ventajas sobre los Persas, se celebraban regocijos y funciones públicas. Creyó el comediante Ginés que no habia modo mejor de divertir á aquel impío pueblo, que remedando las ceremonias del bautismo de los Cristianos; dejóse ver echado en la escena, como si estuviese enfermo de gravedad, y pidió que le bautizasen para morir descansado. Entonces comparecieron otros dos histriones vestidos uno de Sacerdote y otro de Exorcista, y acercándose al fingido enfermo, le dijeron: *¿para qué nos has llamado, hijo mio?* Ginés sintió en aquel mismo momento mudado su interior, y respondió muy sereno: *porque quiero recibir la gracia de Jesucristo, y lograr el perdon de mis pecados por medio de la santa regeneracion.* Creían todos que seguia haciendo su papel; practicáronse las ceremonias del Sacramento, y luego que le pusieron los vestidos blancos, un piquete de tropa le prendió, continuando la farsa, y le presentó al Emperador para que le interrogase como á los Mártires. Ginés, sirviéndose entonces de la facilidad natural que tenia en producirse, con un gesto y un tono de inspiracion, pronunció el siguiente discurso desde el mismo parage en que estaba.

„Emperador y cortesanos, Senadores, plebeyos, Ordenes y clases de la escelsa Roma, oidme todos: antes de ahora, cuando oía yo proferir el nombre de Cristo, me amedrentaba, y no pudiendo hacer

otro, ultrajaba á todos los que profesaban esta Religion; desconocí á muchos de mis parientes y amigos por ser Cristianos; y detestaba su Religion hasta el extremo de procurar saber exactamente sus misterios, como todos visteis, solo con el objeto de poder satirizarlos mejor en la escena. Pero en el momento en que la agua del bautismo lavó mis carnes, mi interior se mudó súbitamente, y á la pregunta que se me acaba de hacer, he contestado con la mayor sinceridad, que creía en Jesucristo. Ví al mismo tiempo una mano que se alargaba desde lo alto de los cielos, y muchos ángeles brillantes como el sol, que despues de leer en un terrible libro todos los pecados que yo habia cometido desde mi infancia, los borraron inmediatamente, y me enseñaron despues el libro mas blanco que la nieve. Ahora pues, magnánimo Emperador, y vosotros espectadores de todas clases, pues que nuestros juegos sacrilegos os han excitado á hacer burla de estos misterios divinos, creed conmigo (yo que soy el promotor de vuestra risa, y por lo mismo me reconozco mas delincuente que vosotros), que Jesucristo es el solo Señor digno de nuestras adoraciones y de nuestros holocaustos, y daos traza, como yo, á merecer su misericordia.” Enfurecido á la par que sorprendido el Emperador Diocleciano, ordenó por entonces apalea cruelmente á Ginés, y despues lo entregó al Prefecto Plauciano, mandándole que le obligase á sacrificar á los ídolos.

Valióse el Prefecto de cuantos medios violentos le dictó su malicia; pero el santo Confesor respondia

siempre estas palabras: *no hay Señor comparable al que poco ha se me ha aparecido; yo le adoro y le venero con toda mi alma, y aunque perdiese mil vidas, nada en el mundo bastará á separarme ya de su servicio, ni habrá tormentos que me quiten á Jesucristo de la boca y del corazón: mi solo pesar es haber estado tanto tiempo separado de su gracia, y haber comenzado tan tarde á servirle.* Así se valia de las circunstancias para reparar el escándalo que habia dado con sus blasfemias, y comunicar su arrepentimiento á todos los que le oían; como en efecto se notó que no era infructuosa su elocuencia y mandaron degollarle al punto. Tiene mucha semejanza esta historia con la de San Gelasio, que fue apedreado en Heliópolis de Fenicia.

24. Mas por otra parte olvidaron su obligacion principal en África y en Numidia, poniendo en manos de los Príncipes idólatras los vasos sagrados y las santas Escrituras (que mandaban buscar por do quiera para entregarlas á las llamas), algunos Cristianos que tenian un motivo particular de fervor y constancia en su creencia, diversos empleados en el santo Ministerio, y aun algunos pocos Obispos. Este es el crimen de los indolentes Ministros llamados *Traditores*, á los que castigó la Iglesia con muy rigurosas penitencias.

25. Se condujo Mensurio, Obispo de Cartago, de un modo mas digno del sucesor casi inmediato de San Cipriano: mudó de parage ó guardó con cuidado los sagrados libros, y con su astucia y el celo por su

Religion, dejó en la nueva Basílica, una de las Iglesias principales de la ciudad, todos cuantos escritos de los hereges pudo reunir, de los que luego que se apoderaron los ministros de la persecucion, nada mas le exigieron. Bien es verdad que con el tiempo llegó á noticia del Procónsul esta substraccion, y á pesar de esto no quiso por entonces se hiciesen mas pesquisas: pero habiendo acusado despues á un Diácono de Cartago de haber escrito contra el Emperador, y refugiándose en casa del Obispo, se mandó á este que lo entregase, amenazándole, si lo negaba, de ser remitido él mismo á Roma á responder de sus proceres; como se hizo, por haberse negado á entregar al Diácono. Ocupaba mas á Mensurio el cuidado de su Iglesia que el suyo propio; y así encargó cuanto habia de valor en aquella á algunas personas abonadas y seguras, con orden de entregar aquel depósito á su sucesor en el Obispado, si él no volviese: y despues empezó tranquilamente su viage para la capital del Imperio. Mas este orador tan sabio como celoso Pastor, defendió tan elocuentemente su causa en el tribunal superior, que fue remitido segunda vez á su Silla absuelto de toda sospecha, y murió antes de llegar á Cartago.

26. Fue causa de mucho escándalo en la Iglesia la infidelidad de los Traditores, y así que se tranquilizaron un poco las cosas en África, tomaron disposiciones los Obispos para contener y castigar la prevaricacion. Los de Numidia se reunieron en número de once á doce, en la ciudad de Cirta, capital de

aquella provincia; y entre estos pocos hubo algunos encenagados en algunos vicios muy estraños en aquellos primeros tiempos. Fue acusado Purpurio de Lima, de haber dado la muerte á dos hijos de su propia hermana; él no se defendió, pero denunció como Traditor al mismo Presidente del Concilio, Segundo de Tigrista: y estas mútuas acusaciones fueron causa de que no se hiciese recta justicia, porque era de temer otro mal peor; y así se concedió el perdon á todos los que habian entregado á los infieles las Escrituras, que eran sin duda muchos.

Celebraron por el mismo tiempo los Obispos Españoles, en número de diez y nueve, un Concilio en Elvira, ciudad que parece estuvo situada cerca de Granada, adonde despues se trasladó la Silla Episcopal. Los rigurosos cánones que se dictaron en este Concilio contra los fieles acusados de idolatría, pudieran hacerle sospechoso de Novatismo, si no le viésemos citado con encomios en el de Sárdica y en otros Concilios posteriores. Y en verdad ¿cómo se podría sospechar del célebre Obispo Osio, que ya habia hecho una confesion tan brillante de la fe, de San Valero de Zaragoza, aquel ilustre Confesor comparable solo á su Diácono San Vicente, con el que fue apriionado, y de una multitud de otros Padres de Elvira, todos de conducta egemplar? Prohibióse en este Concilio dar ni aun en el artículo de la muerte la comunión, á saber, la Eucaristía, que era la señal de una reconciliacion completa y perfecta á los fieles que hubiesen idolatrado ó cometido ciertos pecados

enormes que daban motivo para mirar como idólatras á los delincuentes, particularmente si lo eran por hábito: mas se trataba con mayor indulgencia á los catecúmenos, á los que llama el Concilio Cristianos, siendo así que no llama fieles sino solo á los que habian recibido el bautismo. Túvose este remedio por necesario, pues la disciplina empezaba á descaecer en España. Por el contrario, los Concilios de Cartago creyeron conveniente usar de mas benignidad, y Roma aprobó sus resoluciones.

Sin embargo el Concilio Ecuménico de Nicéa, que desvanece estas aparentes contradicciones, ordenó como aquellos, que se concediese la paz á los moribundos siempre que constasen al Obispo por medio de un exámen particular sus buenas cualidades, y bajo condicion, si se recobraban, de no comunicar con los fieles sino en la oracion. Y para valernos de las espresiones mismas de aquella venerable asamblea, manda terminantemente ⁽¹⁾, que á cualquiera persona, sin escepcion, que en riesgo próximo de muerte solicite participar de la Eucaristía, se la conceda el Obispo, despues de las debidas pruebas. No se contenta con que den al enfermo el Viático necesario, ó la absolucion sacramental, como lo entiende el primer Concilio de Orange; quiere tambien que no se les prive de la Comunión, á saber, de la comunicacion de todos los bienes espirituales, de los que el mas precioso es la Eucaristía: y aun solo para este fin es para lo que se requiere el exámen del Obispo,

(1) *Concil. Nicen. can. 13.*